

MEDITACIONES

TODOS sabemos que el progreso engendra una serie de problemas, algunos de muy difícil solución. La obtención de ciertos productos químicos, atómicos, etc., produce unos residuos o escorias que es preciso eliminar. Y ello no siempre es fácil.

El hundir en el fondo de los océanos residuos atómicos; en minas abandonadas desechos químicos, o lanzar a los ríos y mares toda clase de porquerías, humos o cosas peores a los cielos, no soluciona nada.

Agrava aún más la situación, porque al tratar de eliminar dichos productos por tales medios nos expone a que un día se revuelvan contra nosotros mismos y nos veamos comprometidos por nuevos y desconocidos peligros.

No trato de ser un pájaro de mal agüero; estas líneas, escritas con mi mejor voluntad, tan sólo pretenden sacar a relucir un tema de todos conocido pero que a veces, por pereza mayormente, parecemos olvidar.

El problema de la polución o contaminación es grave, y no se debe dejar de lado.

Pero hay otros problemas que también nos afectan en gran manera y que tampoco debemos de olvidar.

Se hace precisa una educación general, total; completamente nueva y que nos haga tomar conciencia de la gravedad del momento que atravesamos, que nos capacite siquiera para vislumbrar unos riesgos que, de no ponerles freno, van a provocar con el tiempo una irreparable tragedia.

Es preciso cuidar nuestra Naturaleza en sus diversas formas: costas, ríos, montes, aire, paisaje, etc.

Tenemos la obligación de mantenerlos lo más limpios y puros posible. De no hacerlo así, peligra nuestra vida en un próximo futuro.

Y es preciso luchar también por mantener la belleza en todas sus formas.

Atentan contra este sagrado derecho esas horribles fábricas, destartaladas y sucias muchas, verdaderos engendros de fealdad que, por si fuera poco, nos obsequian con sus humos, venenos y residuos.

¡Qué decir de algunos ríos! ¡Qué vergüenza!

En otros tiempos ricos en peces y vida, aguas límpidas y puras.

Hoy cloacas inmundas, donde tan sólo la miseria y la horrible fetidez de su podredumbre forman esos pobres y fríos cauces.

Nada se salva a nuestra incultura: ni bosques, ni montes, ni tan siquiera los pájaros u otros animales (?) del campo.

Con decir que formamos parte de unos tiempos modernos, cuyo sello principal, el que nos distingue de otros, es «el fabuloso nivel cultural y un elevado índice de civilización», nos quedamos tan frescos.

¡Cuando oigo esto o cosas parecidas, me entra dolor de tripa y ganas de vomitar!

Soy el primero en alegrarme y en defender un proyecto, una obra civil que sea imprescindible para el beneficio de todos.

Y se quiera o no, esa obra puede cambiar o modificar en parte el lugar o paisaje donde se asienta. Muchas veces esa obra puede marcar su personal sello e incluso hacer agradable un lugar antes pelado.

Pero si una obra supone tan sólo el beneficio para cuatro señores, si atenta totalmente contra el paisaje, produciendo un daño irreparable, debe tan sólo merecer unánime repulsa.

Me estoy refiriendo en estos momentos a las canteras, que han proliferado de forma alarmante y van a terminar con nuestros montes.

Sirva como ejemplo (podría decir cien más) el Duranguesado.

Una zona agreste, de extraordinaria belleza. Un lugar que merece ser cuidado, mimado; con suficientes atributos como para merecer el título de Parque, al menos a nivel provincial.

Una joya que pudiera ser mostrada con orgullo y veneración a cualquier forastero, a cualquier persona.

Un conjunto de airosas peñas, riscos y monolitos que elevan al cielo sus erguidos picachos.

Morada en otros tiempos de osos. Y siempre de águilas y aves de presa.

Bosques de castaños, hayas, bojs, avellanos, fresnos, etc. Manantiales de frescas aguas, que lamen la peña en su cauce.

Lugar predilecto de toda clase de pájaros. Hace aún pocos años, los escaladores solían ser saludados por los cuervos. Estos, desde sus atalayas, contemplaban atónitos a los hombres y se preguntaban qué hacían allí, sabiendo que les eran adversas todas las leyes de la gravedad.

Más abajo, en pleno desfiladero, una pequeña ermita: la del Cristo de Atxarte, que siempre velaba por dichos escaladores.

Y bien..., ¿qué queda de aquel paraíso?

Nada. Aquello es un caos de trituradoras, de ruidos, de barrenos que van minando y destrozando todo.

Son varias las canteras que están rompiendo nuestro querido Duranguesado, convirtiéndolo en un lugar martirizado, lleno de cicatrices.

Pocos árboles quedan y los pájaros se marchan todos.

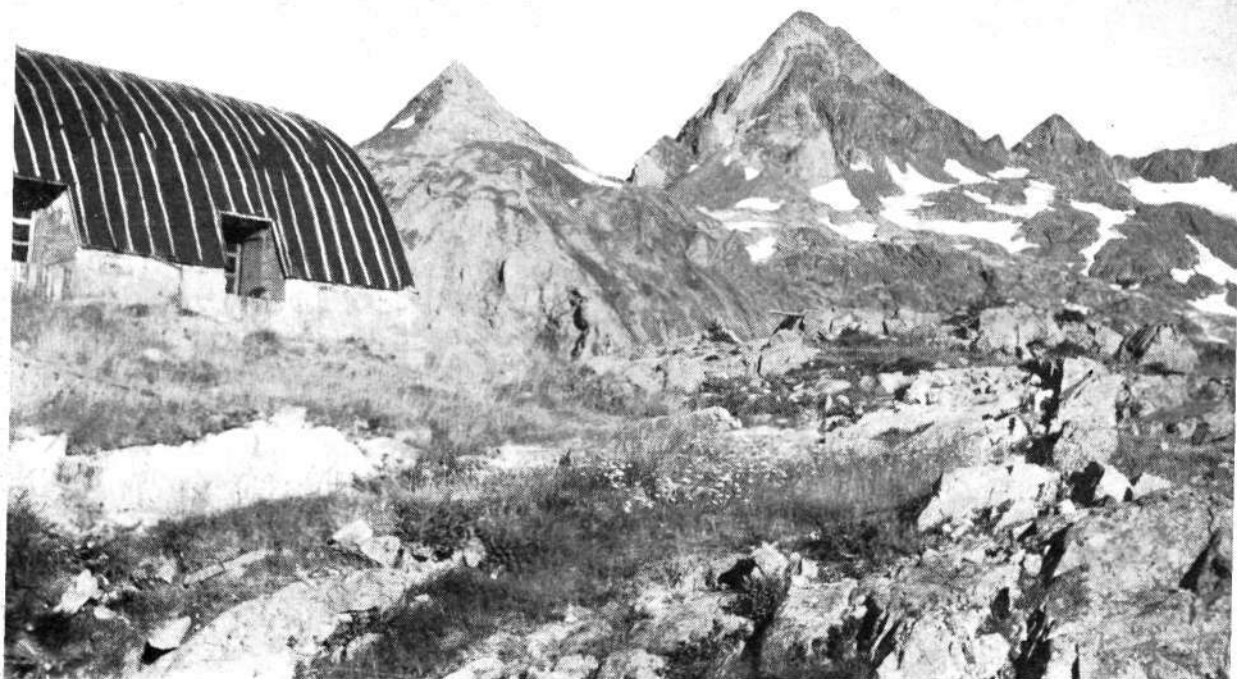
La pequeña ermita está llena de polvo y sus alrededores son un verdadero basurero.

Pero hay más: otros lugares están sufriendo parecido escarnio.

Mientras que aquí no dejamos títere con cabeza, tenemos el ejemplo de otras provincias consideradas a veces como «menos cultas», y que tratan de conservar sin mancha bellezas naturales.

Por supuesto que una cantera es necesaria, pero debe tenerse mucho cuidado en su emplazamiento, explotarse en zonas poco interesantes y evitarse todos estos disparates.

Me pregunto qué pensará Dios cuando vea el poco aprecio que tenemos



Refugio de Piedrafita y Grand Fadia. — (Foto: P. Irigoyen.)

de unos regalos con los cuales quiso distinguirnos. Lógicamente, verá que somos unos egoístas y unos desagradecidos.

Pero además, ¿qué contaremos a nuestros hijos cuando nos pregunten al respecto? ¿Qué legado vamos a dejar a futuras generaciones?

El mal está ya hecho y no valen lamentaciones. Sólo nos queda tener ahora más cuidado y cuidar lo que aún tenemos.

Desearía de corazón que esta llamada al sentido común y a la cordura no cayera en el olvido. Si no tomamos en cuenta estos aspectos, lamentablemente reales, el mal irá en aumento y cada vez será más problemática su solución.

Sé que al menos los montañeros tendrán en cuenta todo lo dicho.

Y digo montañeros, porque son muchos los que salen a la montaña en la actualidad, pero no todos merecen ese nombre.

He observado con pena, entre algunos grupos de los más noveles, detalles muy desagradables: en especial en trenes y otros vehículos públicos.

No está bien tirar botellas, latas y otras porquerías en nuestros montes. Quien lo haga, quien rompa árboles, buzones, bordas; quien chille y berree en cualquier lugar, soltando tacos de bajo burdel; quien no tenga respeto y educación, para él y para los demás (para salir al monte se necesita mucha); quien sea, para terminar, una especie de vándalo y tome a la montaña como un lugar para desahogo de sus furias, jamás podrá ser llamado montañero y se ganará el desprecio de todos.

RAFAEL DEL PILAR ZUFIA.